

LA BODA

Maricruz Espinoza*

*Niña preguntona,
te va salir el diablo
cuando vayas a la cama.*

En la puerta del templo, abierto de par en par, esperaba el novio. Julia llegó caminando. Desde su casa, Sorina y yo sosteníamos la cola del traje blanco; en el atrio la soltamos, de acuerdo con las instrucciones de la modista, para que luciera. Era un modelo de botoncitos con canicas que abrochaban desde el nacimiento del alto cuello hasta más abajo de la cintura. La cauda se extendía en el piso formando una media luna de satín. Los presentes lanzaron exclamaciones de admiración. El velo cubría la cara de la novia prestándole un aire misterioso. El sacerdote acudió al pórtico acompañado de un monaguillo que llevaba una bandeja. El novio se acomodó al lado de la novia.

El padre Toño dijo que el velo y la corona simbolizaban la castidad. . . Alfredo bajó la cabeza, los ojos de Julia centellearon. El brazo firme de mi tía Lawita me obligó a colocarme detrás del cortejo; pero alcancé a ver cuando las manos del padre Toño arrancaron la corona de azahares de la cabeza de Julia y la dejaron sobre la bandeja. El monaguillo desapareció rumbo a la sacristía, hubo una pausa, el niño trajo una mantilla que el sacerdote colocó sobre la cabeza de la desposada.

Poco a poco, con aire solemne, los miembros del cortejo se fueron acomodando en los sitios

*Taller de narrativa, Coordinación de Difusión Cultural, UNAM, dirigido por Humberto Guzmán.

que les habían asignado una tarde antes de la boda.

Después de que Julia y Alfredo se juraron amor eterno, intercambiaron anillos, la cajita de las arras se vació y se volvió a llenar: el sacerdote subió al púlpito para el evangelio.

Otra vez tocó el tema de la castidad de María, madre de Dios. Entre la concurrencia se notó cierta desazón. Yo también tenía mis preocupaciones: llevaba zapatos negros y resaltaban mucho del resto del atavío; me habían escogido a última hora para ser paje y usé mi vestido de regar flores que me quedaba chico. La boda se preparó con extraña premura. Mi cabeza sobresalía demasiado: Sorina, mi compañera, apenas iba en parvulitos (le habían puesto aquel nombre en honor de la protagonista de "Un paso en falso", historieta del Pepín).

El cortejo se puso en movimiento: yo recogí la parte de cola que me correspondía. Sorina trastavillaba bajo su carga.

Al acercarnos a la salida, escuché un comentario: "Qué bárbara, de menos lleva seis meses".

Atravesamos todo Navolato para llegar a casa del fotógrafo. El acompañamiento se apretujaba en los dos únicos coches de alquiler disponibles. El suplicio de las poses enrevesadas pasó pronto.

En cuanto llegamos a casa de Julia, las niñas nos olvidamos de nuestras galas.

El banquete llevaba varias horas andando, me arrimé a mi tía Lawita en busca de un pedazo de pastel. Su acompañante, la catequista, una señorita con cara de palo y edad difícil de calcular, dijo: "Dice mi mamá que su máxima satisfacción en la vida será que cuando me case, lleve mis azahares porque los merezca".

De regreso en casa, le pregunté a mi tía por qué el padre Toño le había retirado la corona y el velo a mi prima Julia. Me dijo que las niñas no debemos saber de esas cosas y me mandó a la cama.

